

## Homilía final del Capítulo Provincial

*Homilía de la Solemnidad de Todos los Santos – 1º de noviembre de 2019.*

Han sido días de mucho compartir, de estar juntos, de enfrentarnos a nuestra realidad personal y comunitaria, para todos. Días para ser muy sinceros entre nosotros, lo que constituye un signo de comunión: escucharnos, abrir el corazón y mirar hacia el futuro como comunidad. Esperamos juntos esa vida nueva que es la santidad. La presencia por estos días del Padre General y del P. Alex, Asistente General, es el signo de la compañía de toda la Orden a nuestra pequeña comunidad. Hoy también nos acompañan las hermanas que han venido del Perú a interiorizarse de la realidad de nuestro Monasterio de vida contemplativa, otro signo de vida nueva para nuestra presencia agustiniana en Chile. Hemos debido celebrar nuestro Capítulo en la Casa de Formación, rompiendo nuestra tradición a causa de la situación del país. Y el Señor tal vez nos quiso hacer volver a la casa en que dimos nuestros primeros pasos en nuestra vida consagrada, para recordarnos de dónde venimos, junto a los hermanos jóvenes que hoy dan sus primeros pasos, y que nos han recibido con su alegría, su música y sus anhelos. Podemos darnos cuenta que nuestra comunidad es un proyecto de santidad comunitaria, que llevamos adelante en medio de la realidad chilena. Realidad que, permítanme ser franco, hoy nos duele.

Hace cuatro años, la Iglesia de Chile se despertaba al proceso de reconocer los abusos sexuales, de poder y de conciencia perpetrados en su seno en el pasado y en el presente, a menudo con detalles escabrosos. Nuestra comunidad, junto a los laicos, ha ido dando pasos concretos en la lucha por la prevención de abusos y a la promoción de ambientes sanos en su seno. Vamos a profundizar en ese camino, porque tenemos hambre y sed de justicia y debemos trabajar por la paz. Quisiera que como comunidad de agustinos de Chile, religiosos y laicos que viven el carisma agustiniano, contribuyéramos a hacer realidad el sueño que atesoraba San Agustín para la Iglesia: *Porque nunca en ninguna parte deben reinar las entrañas de misericordia, como en la Iglesia católica, para que, como auténtica madre, no insulte con orgullo a los hijos pecadores, y perdone, sin dificultad, a los arrepentidos.*<sup>1</sup>

Por estos días, somos testigos del despertar social de nuestro país, suma de los descontentos de una sociedad que se cansó de un sistema que dejó de preocuparse por el hombre como el centro y el sujeto de todo orden social. Los progresos económicos de las últimas décadas delinearon una sociedad altamente competitiva y poco solidaria, en que el éxito económico y la aspiración al bienestar material se convirtieron en ideas centrales que reemplazaron los valores que formaban el "alma de Chile", en palabras del Cardenal Raúl Silva Henríquez, nunca tan actuales como en este momento: *Chile tiene su alma. Cataclismos naturales, potentes apetitos foráneos, guerras externas y largas noches de interna disensión, hasta el odio; pobreza, sufrimiento -el sufrimiento más terrible de todos-, no amar al hermano, no han podido arrebatarle a Chile su alma. Y en esta hora nos estremece también la esperanza. Chile quiere seguir siendo Chile. Chile anhela empezar otra vez, estar como antes,*

---

1 S. AGUSTÍN, *Sobre el combate cristiano*, XXX, 32.

como siempre, a la cabeza del Reino de los grandes valores; pequeño y limitado, tal vez, en su potencia económica; grande y desbordante en su riqueza de espíritu. Un formidable ímpetu de reencuentro y reconciliación surge y quisiera imponerse entre nosotros: reencuentro con nuestro ser original, reconciliación con nuestra tarea y destino y con todos aquellos que por sangre y espíritus caminan con nosotros. Esta afirmación imperativa de nuestra propia identidad se dejará solamente encontrar en la fidelidad a nuestra tradición.<sup>2</sup> Aventurar sobre las causas profundas de este momento de nuestra historia sería un ejercicio que sobrepasa nuestro tiempo. Lo único cierto es preguntarnos, ¿Hacia dónde vamos como país? En estas horas constatamos un grito unánime de justicia, pero ignoramos hacia dónde llevarán esos anhelos, y quiénes tomarán el timón para hacerlos realidad. Me preocupa que algunos hayan tomado las armas de la violencia, y más aún que nuestros gobernantes no han estado a la altura para enfrentar el problema con espíritu de unidad, sin poder renunciar a sus particularismos ni políticos ni económicos. Me duele más aún constatar cómo estas realidades evocan momentos dolorosos de nuestra historia no tan remota. Estoy seguro de que, no obstante el sentimiento de alegría y de unión con que se han desarrollado la mayoría de las manifestaciones, Chile hoy nos preocupa. Al mismo tiempo que pronunciamos estas palabras, recordemos que, en medio de la incertidumbre como en la más profunda calma, nuestra esperanza siempre debe estar puesta en Dios, que debemos anunciar y compartir como lo hemos hecho hasta ahora.

Dentro de este escenario, ¿Qué esperanza hemos anunciado? ¿Fuimos capaces de evangelizar promoviendo espacios en que las relaciones se basaran en la búsqueda del Reino de Dios y su justicia, y no en el poder que se podía obtener en un cargo determinado? ¿Hasta qué punto nos hemos dejado llevar, de modo inconsciente o consciente, por la mentalidad de la sociedad que hoy vemos desmoronarse? Se me hace necesario hacer un examen de conciencia ante Dios e identificar todas las veces en que no logré traducir el Evangelio en pan compartido, en fraternidad universal o en una comunidad más auténtica, y lo hago porque quiero ponerme entre aquellos, que nombraba el Papa Francisco en Chile, *invitados a no disimular o esconder nuestras llagas. Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las llagas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene un nombre: Jesucristo.*<sup>3</sup> Este punto de partida me parece necesario para hacer realidad en mí, y en nosotros, la dinámica de los *bienaventurados* del Evangelio de hoy. Pero hay más.

Mis diálogos con ustedes me han llevado a la certeza de que es necesario redescubrir juntos el **orientarnos aún más hacia Dios**, desde la santa simplicidad de la vida comunitaria. El Concilio Vaticano II decía que cada uno de nosotros hemos hecho *una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas, de manera que se ordena al servicio de Dios y a su gloria por un título*

---

2 RAÚL CARD. SILVA HENRÍQUEZ, *El Alma de Chile*, Discurso en CIEPLAN del 6 de marzo de 1986.

3 SS. FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre en encuentro con los sacerdotes, religiosos/as, consagrados/as y seminaristas*, Catedral de Santiago de Chile, martes 16 de enero de 2018.

nuevo y especial<sup>4</sup>. Hemos descubierto la Verdad de Cristo en nuestra vida y, como consecuencia, hemos encontrado en Él la felicidad, y esa Verdad nos ha llevado a vivir unidos y consagrarnos, al estilo de Agustín, para seguir descubriéndola juntos, y compartirla en comunidad. Esto es el núcleo del don que hemos recibido. Para cuidar este don, quiero recordar de nuevo las palabras del Papa Francisco al Capítulo General de la Orden: *mantener viva esta llama de caridad fraterna no será posible sin el "in Deum" de vuestra Regla: «Lo primero por lo que se han congregado en comunidad es para que vivan en la casa unánimes y tengan una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios.»* (n. 3). (...) *El anima una et cor unum nace de esta fuente perenne: in Deum. Vuestros corazones orientados hacia Dios. ¡Siempre! Cada miembro de la comunidad debe orientarse, como el primer "propósito santo" de cada día, a la búsqueda de Dios, o a dejarse buscar por Dios. Esta "dirección" debe ser declarada, confesada, testificada entre vosotros sin falsa modestia. La búsqueda de Dios no puede ser oscurecida por otros propósitos, por generosos y apostólicos que sean. Porque ese es vuestro primer apostolado. Estamos aquí —deberíais poder decir todos los días entre vosotros— porque estamos caminando hacia Dios. Y como Dios es Amor, caminamos hacia Él en amor. Por eso, siempre serán significativos nuestros encuentros festivos, las comidas, los recuerdos jocosos que compartamos, pero el elemento decisivo que nos constituye, nos fortalece y nos hace crecer en la santidad, es ese "in Deum" que se manifiesta en nuestras oraciones compartidas, en el cuidado de la liturgia, en los días que reservamos para retiros espirituales y en la calidad de la vida fraterna todos los días, sabiendo que hay mucho apostolado por hacer o cosas por planificar y hacer, pero se hace necesario recordar las palabras incómodas del Señor a Judas Iscariote: *A los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre*<sup>5</sup>.*

En segundo lugar, creo que se hace necesario **mantener viva la llama del amor fraterno**. Me preguntaba hace poco cuánto de la mentalidad competitiva e individualista de nuestra sociedad tengo dentro de mí. Esto se transforma en un obstáculo para llorar con los que lloran, trabajar por la paz y elegir ser pobre de corazón. Si amo más al mundo y la felicidad que me propone, ¿Cuánto espacio dejaré para que Cristo reine en mí? Por eso, las bienaventuranzas son incomprensibles para el mundo y su constante búsqueda de bienestar y seguridades materiales. Sobre todo, en la vida consagrada, esta mentalidad me impide ver a mi hermano de comunidad como alguien a quien debo amar y perdonar. *La vida comunitaria, decía el Papa Francisco, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos [...]. La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es el lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre*<sup>6</sup> Cuidar la vida comunitaria no es otra cosa que cuidarnos los unos a los otros, porque nos amamos en Cristo. Y por este motivo nos perdonamos mutuamente, renunciamos a condenar a los hermanos y hacemos el esfuerzo de

---

4 CONCILIO VATICANO II, Constitución Apostólica *Lumen Gentium*, 44.

5 Jn 12,8.

6 SS. FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Capítulo General de la Orden de San Agustín*, 13 de septiembre de 2019.

escuchar, comprender. En resumen, *ama y haz lo que quieras; si callas, clamas, corriges, perdonas; calla, clama, corrige, perdona movido por la caridad. Dentro está la raíz de la caridad; no puede brotar de ella mal alguno.*<sup>7</sup> En nuestra sociedad tan violenta y precaria en sus relaciones interpersonales, estas palabras de San Agustín son una auténtica profecía, una invitación a vivir el amor al prójimo al modo de Jesucristo y una predicación más decisiva que nuestras simples palabras.

Desde estos puntos, nos convertiremos paulatinamente en ***una comunidad que escucha y enseña***. Sabemos que en nuestra sociedad son tantos los que necesitan ser escuchados: nuestra oficina, el patio del colegio y el confesionario son auténticos espacios de acogida, de contención y de reconciliación. En el ámbito pastoral, se hace necesaria la escucha para acoger las inquietudes de nuestra gente, para luego examinarlas a la luz del Evangelio. El pueblo de Dios, con quien compartimos la fe, alaba a los pastores que saben escuchar y saben guardar silencio para estar atentos a la realidad. Pero no basta con solo escuchar: es necesaria en cada uno de nosotros una actitud contemplativa, que nos permita hacer resonar la Palabra de Dios y proclamarla incluso cuando esa Palabra resulta incómoda ante los signos de muerte que observemos en la realidad y en la vida de las personas. Proclamar la buena noticia del Evangelio es, para San Agustín, una manifestación tangible del amor al prójimo y un auténtico signo de misericordia, como nos lo enseñó el Señor, que al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas<sup>8</sup> (Mc 6,34).

Para terminar, alguno podría reprocharme diciendo que no he hablado del problema de las vocaciones, de los colegios y de las parroquias. ¿Qué vamos a hacer? Mis palabras han querido apuntar más bien a lo esencial: busquemos *ser* agustinos, hombres y mujeres consagrados a Dios, que hablemos de lo Eterno al hombre y a la mujer de hoy desde la realidad sencilla de nuestra comunidad y demos testimonio con nuestra vida de que otro mundo es posible cuando renunciamos a la lógica del tener, del poder y del placer, porque nuestra esperanza no depende del mundo y de sus propuestas de felicidad. Que el espíritu de las Bienaventuranzas nos ilumine el camino para dar testimonio gozoso del Señor, en comunidad. Así sea.

**P. José Ignacio Busta**  
**Prior Provincial**

---

<sup>7</sup> S. AGUSTÍN, *Tratados sobre la Primera Carta de Juan*, VII, 8.

<sup>8</sup> Mc 6,34.